

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En
Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado.
Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva,
Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon.
Anuncios y preguntas á precios económicos.

Octubre 26.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 33.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

—
TERCERA PARTE
escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPITULO IV.

*Que verdaderamente demuestra lo que quiere
demostrar.*

—Mia fé, dijo Sancho, que debe su merced andar prevenido y preparado á toda hora harto mas que cuando caminaba las espesuras de Sierra-Morena, pues no sabemos aún si salimos del todo de Carapuerca; y es el decir yo y hablar así á su señoría, el pensar y creer que esta tierra que pisamos no es la misma que vimos y anduvimos en otro tiempo. Mire el señor Don Quijote que estos gigantes que nos hemos topado son de veras, y que de lumbre se alimentan, y respiran agua hirviendo, y lumbre frezan, pues yo lo vi, y sudan humo, y del ruido de sus pies innumerables no hay poder hablar, ni de la prisa que llevan en su recado.

—Gran semilla, Sancho, sembrada dejamos en nuestra vida primera, respondió Don Quijote, y no debe maravillarse á nadie que haya nacido. Pero es asombro inaudito la facilidad con que estos mónstruos pasean la tierra y la indiferencia de la Santa Hermandad y del Santo Oficio en este grave caso. Y así me persuado que el toque está en el encantamento, el cual tu creerías, como yo, si hubieses advertido sus indubitables trazas y señales.

—¡Las halló, por ventura su merced! dijo Sancho.

—Nada se esconde á la perínclita Orden de la Caballería, dijo Don Quijote.

—¡Válate el diablo por las caballerías! dijo Sancho; y ya se nos fué por esos trigos, y bueno está el alcacer para zampoñas.

—Majagranzas naciste, Sancho, exclamó Don Quijote, y quien tal nació tal morirá, mil vidas que viviera; ¡ni qué asunto ni hombre viste, conociste ni hallarás sin sus ribetes y puntas de

andantes caballerías! Tal hay que su vida gasta y consume hozando y acribando la raza y terreno de sus estériles antepasados, cual que tomándose de noche con hilo blanco los verdes puntos de su media aparece de día tan enhiesto caballero, que si acertara á imaginar otro mas sobresaliente y puntiagudo se yo que se muriera de susto ó de estenuado; tambien quien á puros graznidos va manifestando por calles y plazas su preciada elocuencia, ó quien no hallando en su persona la humanidad debida, se da todo á causar ruidos y encontrones por ver si con los efectos hay por ventura alguno que se dé á buscar y averiguar su causa mínima: todos estos, pues, digo que son de los que á sus aventuras van por esos campos; y á ellos juzgo, Sancho, habrás querido dirigir y enviar esos trigos y zampoñas y demás que relataste; mas ninguno de estos que llevo dichos es caballero profeso ni armado como yo lo soy, ni como Amadís de Gaula, ni siquiera como Don Kyrieleisón de Don Tirante el Blanco, sino que no pasaron de mendicantes y vergonzantes caballerías.

—Digo, contestó Sancho, que es su merced la sapientia misma, y yo soy el que aquí ha perdido el seso; pues como me desplomo y derrumbo de la cumbre de mi simpleza y mi ignorancia al abismo de mi torpeza y mi ignominia, así su merced se alza, levanta, engrandece y encumbra de lo hondo de la locura al pináculo de su Babel, que es la mas alta torre que supieron hacer hombres.

—Te ha sucedido, Sancho, replicó Don Quijote, lo que á la mayor parte de las gentes presumidas, que es decir con sus propios lábios y de propósito lo que no quieren ni jamás querer pensaron.

—Cierto que habla su merced como un libro, y que no me acontece de otro modo sino de ese que su merced dice; porque, así que me propongo explicar á su merced algun pensamiento, no parece sino que me truecan y quitan las palabras que hacen al caso y me

ponen y meten en la boca todas aquellas que todo lo barajan y confunden; con lo que me cómo y deshago por salir del envoltorio en que me meto y por encontrar el camino de mi propósito, que es como volver á las andadas.

—No te quitan, Sancho, las palabras, dijo Don Quijote, sino que no las tienes; y tenerlas buenas es ver en toda su verdad el asunto que tratamos y decirle del mas sencillo modo y natural, con las expresiones mas propias, hijas del continuado estudio y del hábito constante de pensar.

—Eso no entendí, contestó Sancho; pero, ¿en qué barruntó su merced que había trazas y ribetes de mágica en la aventura de Briareo el de los Cien Brazos?

—En que por los lados de su camino, dijo Don Quijote, y sobre los largos paños clavados en su línea vi hilos de hierro suspendidos, los cuales, con ser tan delicados, dígame Sancho, que son, y no menos, la magia de las magias. Y ví así bien á lo lejos otro ciclope gigante enterrado de tal manera que solo le sobresalian del suelo el larguísimo pescuezo y la aplastada cabeza.

—¿Es, sin duda, condicion de ciclopes gigantes, vivir así soterrados? preguntó Sancho.

—Lo es el no tener mas que un ojo y ese en medio de la frente; si que el que yo vi era de puro fuego, contestó Don Quijote.

—¿Y qué se hacia ese ciclopón? insistió Sancho.

—Quiñar y mas quiñar, Sancho, como si engañarme pudiera, dijo Don Quijote. Dábale por detrás un rayo de sol que toda su redondél furibundo enrojecia.

Esto juzgó Don Quijote del faról de avance y aviso del camino de hierro.

—Digo que si, contestó Sancho; y que es obligacion del caballero darse á pensar y discurrir por todas partes desde las estrellitas del cielo á los mismos bodegones de la tierra, pues quien mucho lee mucho saca, y estoy para mi que no ha de haber libro co-

mo este de los campos á nuestra torpe vista siempre abierto y patente día y noche.

—Hambre mucha tienes, Sancho, dijo Don Quijote.

—Lo conoció pues en algo su merced, dijo Sancho.

—En que mucho filosofas lo conozco, continuó Don Quijote, y te intrincas en muchos laberintos.

—Todo podría ser contestó Sancho.

—No hay duda en ello, dijo D. Quijote; que ningún glotón fué filósofo, antes la gula segura es señal de ignorancia y de torpeza.

Y la senda que llevaban caballero y escudero iba hundiéndose entre los naturales muros de sus costados, los cuales cada vez mas se poblaban de altos y salvajes olmos, ya limpios de ramaje, ya de opulentas copas, cuyos fáciles brazos na laban ondulantes en el azul espacio como alas de las aves; y nacian de las grietas de la roca como del arriscado ribazo, entretegiendo y anudando las enroscadas pálidas raíces. Y piaban las aves dulcemente sin interrumpir apenas la solemnidad de aquel silencio, y bullian alegres las cascadas de los cristalinos y frescos manantiales.

—No puede ser menos, dijo Sancho, sino que este solitario y encubierto caminejo es el de algun antiguo monasterio, segun lo ameno y misterioso de este surco, y lo respetuoso y recóndito del valle.

—Tal me parece, dijo Don Quijote, la venerable condicion de este recinto.

—No hay pues, señor mio, sino ir por él adelante con la mayor presteza que ser pudiere.

—¿Viénete, Sancho, vocacion de recoleto? dijo Don Quijote.

—No viene ahora á mi, dijo Sancho, otra intencion sino la de obedecer las leyes de la caballería, una de las cuales ha de decir que es buen camino él que las bestias solas se tomaren; y bien ve su merced que tal aguijan el rucio y Rocinante como si les azuzáran y pincharan.

—No hay como el bruto para su provecho, contestó Don Quijote, que, siempre mirando al suelo, no conoce otra ley sino su instinto; mas el hombre debe ser de condicion contraria, segun lo significa su misma figura, rango y traza.

Apareció, en fin, en el medio de la pendiente de la cuenca de aquel terreno un gótico edificio, macilento tal cuanto robustos y vigorosos los árboles del ameno bosque que le cobijaban y

retenian. Llamó Sancho á la ferrada puerta del recinto, y al cabo de gran espacio abrióse el portón rechinando y gimiendo sobre sus dolientes goznes.

—¡Ah de la caballería! exclamó Don Quijote, y se entró de rondón en el atrio oscuro, pues el sol ya á su ocaso descendía.

Admiróse el portero de la anticuada cuanto larga figura del caballero, no menos que de su mohecida general herramienta, y propuso preguntar acerca de una y otra cosa así como del secular y pardo aparejo de Sancho Panza; pero, adelantándose erguido El de la Triste Figura, dijo:

—Ya reparo y veo, señor guardián, vuestra confusion y justa sorpresa, mas ni una ni otra cosa pueden hacerlos olvidar las usanzas de la Andante Caballería. Salí de Atapuerca apresuradamente; apenas resucitado, combatí dos mónstruos espantables con no vista fortuna; doblé montes y breñas como rayo, y á merced de Rocinante vine á dar á estos ignotos tremendos lares.

El guardián, guardando el rostro entre sus manos, cerró las puertas y desapareció súbitamente.

—Cartujos deben ser estos monges, dijo Sancho, segun que les tienen tomada el habla.

—El hábito, empero, dijo Don Quijote, es pardo capuchino.

—Lo que no es causa, ni obstáculo ni estorbo, dijo Sancho, para que rucio y Rocinante no disfruten de la opulencia de estos montones de cebada que pueblan estos suelos, ni del fresco verde de tantos ya nacidos dulces granos en estas húmedas concauidades.

Y como ni una persona sola se dejase ver por parte alguna del inmenso recinto, diéronse caballero y escudero á entrar y á caminar embudados pasadizos, salas, cláustros, cuadras y oficinas. Volaban las aves bajo las bóvedas ancianas dando con triste piár la despedida al día moribundo, y perdian sus colores los vástagos flotantes y pámpanos rizados que por los calados ajimeces trepaban y al soplo del aura leve se mecian. Y entraron al cabo Sancho y Don Quijote en un salón, todo de estantes grandes rodeado, sobre los que en gran desorden aparecian, frascos, embudos y alambiques, tubos, tinajas y otros innumerables menesteres; que el centro del largo aposento estaba con enormes calderas ocupado.

—En la bodega dimos, señor Don

Quijote, que no es el peor dar, dijo Sancho.

—No puede ser vino tanto para padres pocos, respondió Don Quijote, pues de aquí puede beber toda una comarca; ni veo para que aciertan á servir vasos tan grandes y multiplicados, ni estos cucharones y palancas que en ellos se introducen por el artificio de este al parecer inmóvil rodage sino para fechorias de nigromancia.

—¡En un monasterio! exclamó Sancho.

—Gracias á ese temor dijo Don Quijote, no he estropeado ya y hecho añicos todos estos armarios de retorcidos adminículos; pues en lo demás, sabido es que en lo áspero de los montes y lo lóbrego de las selvas es donde habitar suelen los encantadores magos y mas devoradores gigantes, que en senos como este ocultan los laboratorios donde confeccionan y endiablan sus gigotes y bebedizos. Y no hubo caballero de raza que estas espesuras y escondrijos no explorase.

—Si que densos alientos de humo se escapan por las rendijas de ese largo calderote, dijo Sancho.

—Mas no reparaste como yo, añadió el caballero, la figura de ese ferrado mónstruo hirviente y mal disimulado.

Temblando quedó Sancho, al oír las palabras de su señor, pues semejábase harto, á Briareo, ó Egeón el gran bote del centro de la sala.

Y al sonar de una lejana campana vióse al través de las caireladas ojivas del cercano patio bajar silenciosa y en procesión numerosa tropa de mujeres todas igualmente revestidas, algunas de las cuales ocultaban sus cabezas en sendas caperuzas.

—Es de monjas, sin duda el monasterio, dijo Sancho, las cuales á son de campana van al coro.

—Al diablo que te lleve van, dijo Don Quijote; ¡ni que tienen que hacer monjas con todo el tremendo guisado de esta cuadra! Reinas, princesas, señoras con sus dueñas todas encantadas, son las que adviertes envueltas en esos pardos sayales, y bien se ve como no bajaste conmigo á las concauidades de Montesinos.

—Deje aparte su merced, replicó Sancho, ese tinglado, que harto y sobrado es éste; y cuide de no tomarse en modo alguno con este Briareo; porque, ¿cómo hallar ya salida á este laberinto ni volver á topar el hilo de nuestro camino que hasta aquí hemos traído? Y recuerde su merced como

en aquel grande concilio de los sapientísimos penitentes solitarios fué declarada en altísimo lugar la virtud de la prudencia, que es salsa de todo manjar y toque de todo negocio.

—No se que tratasen cosa alguna de caballerías los padres del yerno, dijo Don Quijote.

—Mas trataron de virtudes dijo Sancho.

De todas las cuales, es rey el Evangelio, el cual dice; «á Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar.» Y así verás como no hay tan desvenjada cosa como meterse monjes á gobernar estados ó ingerirse pueblos en el gobierno de la Iglesia, cuyo dogma es, ante todo, santísimo y respetable.

Abrióse entonces una trampa y salió del suelo por ella una figura de mujer vestida de sedas negras. Llevó Don Quijote su diestra á los gavilanes de su espada, mas, reflexionando luego, dijo:

—Mal hora, hermosa y alta Señora, fué la vuestra de venir al mundo, y estéril por demás, pues vive, y no hay dudarlo, la sin par Dulcinea del Toboso. Si coitas que acorrer, entuertos que enderezar ó desaguasador que impedir los vuestros compasallos pasos por ventura movieren, hablád, decid, terminál breve, pues sois con Don Quijote de la Mancha.

¡Ay! ¡y cuantos son ellos! dijo la bella aparecida; mas oí de vos, apenas salísteis de los encantados antros de Atapuerca, y en vos está el mi amparo.

—Ya ves, dijo quedito á Sancho Don Quijote, y cuan pronto la fama lleva mi nombre por los confines del mundo.

—Asentáos, pues, el invicto caballero, dijo la hermosa dama, y oíd el interminable cuento de mis males.

Y así fué el pronunciar estas palabras la quebrantada Señora como el aparecer muchas otras servidoras de manjares delicados que colocaban en portátiles mesas, que allí donde eran menester en un punto se veían.

—Si duelos, segun el refrán, con pan son menos, prorrumpió Sancho, aniquilados pueden ser con estas abundantes y no menos oportunas viandas de tan opíparo banquete.

—Dispensar ha su señoría, dijo á la aparecida Don Quijote, la rústica glotonería de este mi escudero, por otra parte que le miren valioso como valiente y casi osado; pero, así como el mas esforzado y espiritual caballero de aventuras aun ha de sobrellevar,

pues al cabo es hombre, la torpe y brusca cáscara de su cuerpo, no de otra suerte he de conducir sobre mis hombros la carga ágría y pesadísima de sus frecuentes desafueros.

—Todos nos sobrellevamos, dijo Sancho, y nadie diga y menos ahora, de esta agua no beberé; y cuando te dieren la vaquilla tira de la soguilla y vale mas un, toma, que dos, te daré; y la sartén dijo al cazo; y que estos manjarecos están diciendo comedme:

Y continuó al oído de Don Quijote:

—Vea su merced en toda su caridad como pueda acorrer á esta dama necesitada, que debe estar en angustias muchas sumergida segun las lástimas que muestra en su semblante.

—Mi nombre es Biáfra, dijo la dama, y mi patria Nineanái, uno de los mas recónditos senos de toda el Africa, y mi padre Rahí el soberano mas poderoso de cuantos viven mas allá de los Montes de la Luna. Ni podrá el señor Don Quijote de la Mancha, presumir siquiera la riqueza y magnificencia de los inmensos estados nineanáticos.

—¿Y cómo así de mi supísteis? preguntó asombrado Don Quijote.

—Lo pacífico de la soledad y lo lejano de los países son parte y medio poderoso para que en su vigor y propia naturaleza resuenen y se escuchan las hazañas de los héroes, dijo Biáfra; lo cual no alcanzan en sus lares.

Y ya supongo cual os sorprende y maravilla, señores míos, la blancura inusitada de mi semblante africano, y la causa no es otra, en toda verdad, sino el haber yo venido á conocer la sabiduría de vuestra Europa, que me volvié cual de mármol estatuario en solo un instante.

Nineanái se hunde en el centro del africano país entre inaccesibles montañas y lagos insondables; esmeralda son sus cármenes, sus árboles gigantes entre los que aquí llaman colosales. La niebla azul descende diaria á engasar la transparente atmósfera, mientras pasean los límites cercanos á las nubes el leon rugidor, ó el pardo indómito elefante.

Y Rahí, poderoso paseando solo, como suele, los bosques de las cercanías de su castillo de roca, vino á saber por los vientos la razon de su destino; la cual no es otra sino que el día señalado por hado fatál, las aguas del océano de Atlas, como las de la Indiáh trapobánica traspasarán la meta de sus evos para sorberse y tragarse la Nineanáica, que sin un tal

monarca que sea capaz de salir á su defensa, fúndase llegará á ser, suelo lóbrego del furor de entrambos mares aliados.

—Ahora veo yo, interrumpió Sancho, toda la boca llena de vianda, la razon del refrán que dice, «fulano bebe los vientos por tal cosa,» que hasta hoy ignoraba, y es que los vientos son así como carricoche que trae y lleva, y correo que traslada y que conduce.

—Come y calla, dijo Don Quijote, bien que con esto te ordene vida y muerte al mismo tiempo, y deja á mi señora la Princesa proseguir en su cuento árduo y lastimero; y esta empresa para mi estaba guardada.

—Piensa, pues, su merced, dijo Sancho, habérselas con dos mares juntamente.

—Pienso lo que pienso, contestó Don Quijote, que mas de una vez alcanzó el hombre el dominio de los océanos reunidos.

—El diablo es este mi amo y señor, murmuró Sancho.

—Pues es de saberse, prosiguió la Princesa, que es la africana región como muro de roca adonde van á estrellarse y perecer los pensamientos, empresas y las ideas todas del universo.

—¿Lo ves? gran porro; dijo á Sancho Don Quijote.

—Oigo, pero no veo, dijo Sancho, comiendo á boca llena y no menospreciando la bebida.

—Y así, continuó Biáfra, es el Africa el gigante monstruo del orbe todo, obstáculo único, génio constante y negro contra el que combate incesante la Minerva europea, dando así lugar á la accion del drama universal que llaman la Historia. El Africa, señores, lleva su eterno sello en la sombra de su rostro, en la configuración de su cráneo y en la melancólica, sangrienta y funeraria expresion de sus costumbres antropófagas.

Esto dijo puesta en pié y haciendo vibrar su potente voz la señora de los desiertos.

—Tanto monta todo eso, prorrumpió Don Quijote como pregonar la ignorancia crasa que se esconde detrás del escudo estático de esa Minerva que Vuestra Alteza dijo. Armense de orden del rey los caballeros anteantes todos y dénse á las órdenes de Don Quijote de la Mancha, que es como quien dice á la empresa de arreglar agora el Africa, y quedará terminado este negocio. Y cuenta con aquesto.

—Y no hay mas, dijo Sancho, sino que los chicos dicen en sus cantaricos de la escuela como Dios maldijo á Cam por burlarse de su padre, y para siempre le hizo esclavo de sus hermanicos, y llevan los hijos de la maldicion, el color y traza de élla; y ciego es el que no ve por tela de cedazo, y cosas ignoran sábios que saben hasta los muchachos, y á Dios rogando y con el mazo dando, y aunque las calzo no las ensucio.

Oyéronse en este punto suaves armonías de dulces instrumentos, y muy agradables coros de delicadas voces que las acompañaban, acentos que, si sorprendieron á Don Quijote, embelesaron y sacaron á Sancho fuera de sí; mucho mas cuando dueñas sirvieron á los huéspedes aguamanos y condujeron á Sancho á los jardines plateados por la luna para hacerle sa-

ber la maravillosa leyenda de aquel castillo encantado.

La Princesa, tomado el brazo á Don Quijote, inaudito suceso entre los acontecimientos todos de sus caballerías, bien que ejecutado en medio del paroxismo no decible del invicto caballero, al pasear los espaciosos ámbitos de aquella cuadra exclamaba.

—Salvádme, Señor caballero, por vuestra vida. El rey Rahí, mi padre, llevado del son de los ecos de su fama, ha resuelto que no haya otro sucesor alguno de su trono que Libio mi hermano, y temeroso de lo que impedir pudiera su resolución la existencia mía, sobre haber devorado á dos de mis hermanas, ha ordenado mi muerte y tallado mi cabeza por todo contorno.

—¿Cómo pues, señora, aquí vinisteis? dijo, recobrando su libertad, repuesto ya Don Quijote.

—Son, dijo la Princesa, harto frecuentes en mi patria las mas arriesgadas cacerías, con que propuse una no menos de que leones que admitió la cruel intencion de Rahí inmediatamente; mi me atrevo, señor caballero, á añadir el nombre de padre! Y al notar el rey como casi la tropa toda de mi compañía eran doncellas de su corte, la risa se asomó á sus labios fiéramente.

—¿Y las fieras de los desiertos....? dijo Don Quijote.

—Lo son, á veces, menos que los hombres; contestó Biáfra. Largos días é inacabables noches se pasaron oyendo los cercanos rugidos y bramidos, y los alevos arenales sumergieron gran parte de los viandantes; mas sale al fin el sol para los buenos limpio y radiante; quiero deciros que no siempre son los mas concertados planes realizados; con que al cabo de un mes vinimos á divisar desde las movibles colinas del desierto un concertado escuadrón de las gentes europeas que no llevaban distinto propósito del nuestro.

Digo que así fué verle como correr á él con el ansia del necesitado; y por mas que nuestros guardas hicieron por sí y en cumplimiento de su encargo cuanto fué de su parte, y á pesar de la mucha sangre derramada, arribamos al fin á las europeas costas con fortuna.

—Sois pues ya en puesto de paz; dijo Don Quijote.

—¡Ay! señor mío, exclamó como herida de rayo la Princesa; ¡y cómo no presumís aún las alevosías del destino! Llevado de la codicia del precio de la talla de mi cabeza, una aguija africana, que no ser humano, siguió incansable la huella de nuestros pasos, y nos aherrojó en este castillo. ¡Ved, señor, por todas partes y calculad del aspecto de este recinto; llevád á vuestro corazon la invicta mano!

—Al buen entendedor palabras pocas, y aquí ahora, señora, de las mías.

Y con atronadora y espantable, ronca voz, la espada en la diestra mano y en la izquierda la jamás olvidada rodela; un pie adelante y otro atrás, alto y sañudo el rostro, gritó Don Quijote.

—¡A del bárbaro fementido encantador deste castillo diabólico! ve que un solo caballero te reta á singular batalla.

Así fué pronunciar Don Quijote es-

tas palabras como estallar repentino un agudísimo y penetrante chillido, y comenzar á alentar el enorme cetáceo del centro del aposento, y á moverse todo en derredor el mas enredado y tremendo artificio del vientre del gigante. Sancho, que al punto acudió á acogerse al amparo de su amo, sin ser poderoso á sostenerse, dió consigo de espaldas en el suelo, y Don Quijote, de cólera frenético en tan incomprensible laberinto, comenzó á altibajos y reveses, tajos, golpes y cuchilladas todo en derredor, que no dejó cosa sana de cuantas alcanzó á ver la furia de su brazo inquebrantable.

A los gritos, amenazas, denuestos é imprecaciones del formidable caballero acudió el Señor Director de aquella fábrica de productos diversos, que era inglés, el cual desde las galerías altas del salón, alargando lo increíble la natural, inacabable longitud de su personalidad respetable, intentaba con su cabeza, pies y manos evitar la destrucción de la mitad al menos de su hacienda á fuerza de un diluvio de incomprensibles monosílabos; mas Don Quijote, apenas divisó semejante catadura, y lo que es mas, el aspa-viento, voló en busca de la escalera de la alta region donde se mecía el aparecido, que á buen componer hubo de arrojarle de la galería abajo y esconderse entre los enseres y las máquinas.

—¡Vengan, agora aquí, decía Don Quijote, los maldichos y maldichos que así devanan tripas al través de estos muros abominables, y los pulmones expirantes cuélgan de lo alto de estas bóvedas enlambadas!

Y Sancho, que ya palpaba la inaudita victoria de su señor, decía apretando entrambas manos y el rostro sonriente:

—Da, hijo, machaca, patéa, confunde y anonada; nada detenga el enojo de tu manchego brazo, que ese follón es el que viste de negras, eternas tocas las princesas, y el habla priva y quita á los mas nobles caballeros, y de gentes hace estacas ó argadillos y de yerbas humanos alimentos.

Y como no pierde su ocasion el diablo, fraguó é hizo que los asalariados descontentos se tomasen por su mano cuanto fué de su gusto y voluntad, y condugesen al señor inglés á la presencia de Don Quijote.

Puesto de rodillas el extranjero, el de la Triste Figura, amenazando con la punta de la espada el encogido pecho del vencido dijo:

—Dáos, ó sois muerto; y pues que vuestra faz lo primero me afirma y asegura, iréis sin pérdida de tiempo á la ciudad del Toboso, que no habeis necesidad de preguntar la ruta que la fama de la señora de mis pensamientos os defienle y abre, y faréis lo que Dulcinea os ordenare.

¿Y mi señora la Princesa? exclamó, repuesto ya y admirado el caballero. A lo que una lejana y femenina voz contestó al iejos: «Así como fué declarada esta victoria cabaleresca y vencida esta gran batalla, vientos africanos cuentan y afirman como son ya muertos de viruelas malignas el Rey Rahí y su hijo Libio; y como ha sido declarada la reina de Nineanái Biáfra la Princesa; y un buitre imperial la ha arrebatado.»

—¿Qué mas hacer, dijo Sancho, si esa señora salió con su deseo?

—Esa es la verdad, contestó Don Quijote; y agora quisiera yo tener aquí el orbe presente entero porque presenciase y juzgase si es ó no útil en el mundo, y á mas á mas noble y necesaria la orden de la Andante caballería.

GRAMÁTICA LATINA.

LECCION 24.

PRONOMBRE es una parte de la oración que se pone y usa en lugar de nuestra personalidad, de la de nuestro prójimo y de la sociedad de los hombres. Yo, tu él; nosotros, vosotros, aquellos: Ego, Tu, Ille; Nos, Vos, Illi.

Se declinan: Ego, mei, mihi; me, a me, sin vocativo. Plural: Nos, nostrum vel nostri, nobis; nos, á nobis, sin vocativo.

Tu, tui, tibi; te, tu, a te. Plural: Vos, vestrum vel vestri, vobis; vos, vos, á vobis.

Ille, illa, illud; illius, illi; illum, illam, illud; illo, illa, illo, sin vocativo. En el plural como Bonus.

EL RECÍPROCO SUI, de sí, se emplea cuando nuestra personalidad es el término de la acción de la oración ó discurso.

Se declina: Sui, sibi, se, a se, sin nominativo ni vocativo porque estos dos casos son principio, y no término de la acción.

El Pronombre da riqueza y variedad al lenguaje; evita repeticiones de mal efecto; personifica al individuo como á la colectividad.

Ejercicios.

Deus creavit Cœlum et Terram intra sex dies. Primo die fecit lucem. Secunda die fecit Firmamentum, quod vocavit Cœlum. Tertia die coegit aquas in unum locum, et eduxit e terra plantas et arbores. Quarta die fecit Solem et Lunam et stellas. Quinta die aves quæ volitant in aere, et pisces qui natant in aquis. Sexta die fecit omnia animantia; postremo hominem, et quievit die septima.

Nuestra compañía de teatro dirigida por D. Isidoro Pastor continúa digna de aplauso en sus funciones, distinguiéndose á la medida del valor y mérito de las producciones que pone en escena. Lo sabíamos.

NOTA BENE.

Algunos casinos establecidos en puntos que no son capitales de provincia en los que no tenemos corresponsal, se servirán remitir á esta administracion el importe de los números que han recibido; en la inteligencia, que el actual es el último que se les enviará sinó liquidan su cuenta.

Imp. de la viuda de Villanueva.